

PARIS ALEGRE



Año I. — Núm. 1.

LA REINA DE LAS FLORES
PARIS ALEGRE

Barcelona.

Biblioteca Nacional de España

Hom 15 de Abril de 1901.

¡AH,... SEÑORES!



UES sí!... no cabe dudarlo; la mujer, el eterno femenino, la bella mitad del género humano... Pero no divaguemos; en nuestros números sucesivos tendremos ocasiones sobradas de ocuparnos de, con, en, por, sobre la mujer, en todos sus aspectos, en todas sus *toilettes*, en todas sus coqueterías,

en todas sus intimidades. Hemos por hoy de limitarnos á hacer al público la presentación, más cordial que solemne, más íntima que ceremoniosa, de la nueva revista PARÍS ALEGRE.

Hemos estado pensando si podríamos llenar alguno de esos vacíos que á lo mejor se descubre en la prensa, y debemos confesar no haberlo logrado. Pero ¿quién dijo miedo? La vida de París; la espléndida y pintoresca vida del *boulevard* y el *cabaret*, del mareante molino y la perfumada bombonera que guarda entre sus sedosos interiores el caramelo más sabroso que puede apetecer el hombre; de las salas de los teatros y de los misterios de bastidores; del café artístico y del hipódromo gigantesco; la vida, en suma, que ha hecho de París el punto de mira de los *juerguistas* internacionales y aspira con deleite lo mismo el provinciano que quiere ganarse la vida como el príncipe que desea derrochar su fortuna; esa vida bulliciosa que alegra el corazón, como las plateadas burbujas del champagne alegran las cabezas; esa vida á ninguna otra comparable, que tiene por diosa, hada, sacerdote, y altar los cuerpos aterciopelados de las mujeres, da motivos, temas y asuntos más que suficientes para atiborrar con deleite de los lectores las páginas todas de un periódico.

Para recoger las palpitaciones del mundo galante cuenta PARÍS ALEGRE con una buena serie de artistas de quienes puede decirse que fieles reproductores de la naturaleza, no dejan de perder un pelo de todo lo que delante de ellos se coloque. Nos referimos á los

soberbios objetivos de unas inapreciables máquinas fotográficas. Después de todo, muchos dibujantes de fama cobran como originales suyos las obras del colodión. PARÍS ALEGRE estará, pues, ilustrado totalmente por medio de la fotografía tomada del natural, y nuestros colaboradores predilectos serán aquellos fotógrafos que, uniendo á su pericia industrial su talento artístico, nos faciliten los tipos, las escenas, las instantáneas y las *poses* más sugestivas y caprichosas dentro de la viviente realidad.

El lema del periódico bien pudiera ser este:

«¡Todo por la mujer y por la fotografía!»

O en términos más literarios:

«Todo para la belleza y por la verdad.»

Las caras bonitas y las indiscreciones del objetivo han de salvar la existencia del naciente periódico, contando además como cuenta con firmas de esclarecidos literatos franceses y españoles que le ayudarán á «bien vivir».

Si la originalidad, en estos tiempos de originalidades, constituye un mérito, PARÍS ALEGRE le tendrá, pues por el material artístico y literario que llenarán sus páginas podrá verse que no se parecen á ningunas otras.

Algo es algo. Y como más vale un «toma» que dos «te daré», expuesto aunque á breves rasgos el programa del periódico, ni más ni menos que pudiera hacerlo cualquier político de menor cuantía, no imitaremos á éstos en lo de prometer mucho al nacer y no cumplir nada una vez logrados los propósitos perseguidos, sino que, por el contrario, se hará todo lo que se pueda y un *poquitico* más, como decía el baturro del cuento, sin que por eso creamos hacer otra cosa que cumplir con nuestra obligación para con el público.

No se dirá, por lo menos, que no somos bien hablados.

¡Ah,... señores!...

HE DICHO.



COTILLÓN

Al despertar el sol por el Oriente
 En todo su esplendor está la fiesta:
 Rico salón de seda y terciopelo
 Es el estuche en que el placer campea;
 Los torrentes de luz se centuplican
 Reverberando en lunas de Venecia;
 Macizos de violetas y claveles
 Inundan el ambiente con su esencia;
 Los conceptos de amor, tejen guirnaldas;
 El taponazo del champagne alegre
 Y rutila en el aire, por las joyas,
 De irisados cambiantes, una estela.
 ¡Oh, quién tuviera soberano genio
 Para poder copiar con la paleta,
 Ardientes labios, cárdenas mejillas,
 Desnudos senos dignos de la Grecia,
 Flores marchitas, incitantes curvas,
 Copas de vino en que la luz se quiebra,
 Marcos de espejos de oro cincelado,
 El fulgurar de las preciosas piedras,
 Dando remate á cuadro tan soberbio
 Pintando de la atmósfera en las nieblas,
 La diosa que inspiró sus locos valse
 A Waldteufel, Strauss, Fahrback y Metra!...
 En medio del estruendo bullicioso
 Y seductora confusión que reinan,
 Oír se dejan, como arpegios de ángeles,

Los alegres compases de la orquesta,
 Y hermosa niña, de gentil figura,
 En cuyo busto los diamantes tiemblan
 Y á quien las morbideces de su cuerpo
 Las argentinas gasas entrevelan,
 Reparte, como un hada sus favores
 A los humanos repartir pudiera,
 Caprichos de brillante orfebrería,
 Flores y lazos, cruces y diademas,
 Falsos tesoros, dulces y juguetes,
 De frágil talco frágiles preseas,
 Ofreciendo la gloria en la pregunta
 ¿Morena ó rubia? que prodiga espléndida
 Dejando al infeliz favorecido
 Sin saber si elegir, rubia ó morena,
 Y cien parejas, en tropel confuso
 Con los brazos sus cuerpos encadenan,
 Y se deslizan por la blanda alfombra
 Al vértigo del vals dando sus vueltas,
 Semejando cascadas giratorias
 De esmeraldas, de encajes y de perlas!...

.
 Después, sólo subsisten los recuerdos
 De amores, celos, goces y promesas...
 El que deja infantil kaleidoscopio!
 El que inspira fantástico poema!

C. OSSORIO Y GALLARDO.

NI UNA COSA NI OTRA

DRAMA ÍNTIMO EN DOS ACTOS

ACTO PRIMERO

Gran salón de invierno del Castillo de Vatenvoyr-les-Epinettes. Mueblaje rico y de buen gusto. A la derecha



de la alta chimenea, la marquesa de las Espinetas, augusta y respetable señora mayor, propietaria del castillo y tierras de su comarca por supervivencia á su marido, dedícase á una labor de tapicería, á la vez que piensa en el futuro y cercano himeneo de la encantadora Eloisa de las Espinetas, hija suya, con el riquísimo marqués de los Omoplatos, buen mozo, guapo, galán y enamorado.

A izquierda de la chimenea, la joven Eloisa, virgen amorosa y cándida, está abismada en la lectura de una novela que parece interesarla en alto grado. Algunas muestras de impaciencia revelan, no obstante, en ella, gran preocupación.

Una palabra, una palabra tan sólo le ha chocado; desconoce su significación, y por más que evoca escrupulosamente todos sus recuerdos, éstos no le aportan luz. Por otra parte, los diccionarios están todos allá arriba, en la vasta y fría biblioteca del castillo. En fin, para salir de dudas, se decide á preguntarle á su mamá el significado de aquella extraña palabra:

—Mamá, ¿qué significa la frase hermafrodita?

Ahora es la noble señora quien se ha quedado perpleja. Diversos y encontrados sentimientos agitan su alma de madre. ¿Cómo responder á semejante pregunta? Por fortuna, los recursos del lenguaje son numerosos siempre para una persona de talento. Así, como quien no da importancia á la cosa, contesta á la castísima novia:

—¿Sabes esta palabra qué significa, hijita?

Pues ni una cosa ni otra.

—Mil gracias, mamáita.

Satisfecha con semejante explicación, la cándida Eloisa torna á abismarse en la emocionante lectura de la novela. (Melodía suave en la orquesta.)

ACTO II

Ocho días después. El gran salón de invierno del castillo. Muebles como en el primer acto. La marquesa viuda está ausente. El marqués de los Omoplatos, futuro esposo de Eloisa, está sentado cerca de ella. Ambos sostienen una conversación de las más vaporosas y etéreas, como conviene al caso. Creeríamos faltar á todos los usos establecidos si la transcribiésemos aquí en vulgarísima prosa. Por lo demás, sólo la alada poesía habla por boca del dichoso novio. ¿Qué importa que la riqueza

de las rimas ó el metro claudiquen una vez que otra? La dicha no la constituyen los bienes perecederos: todo el mundo lo sabe. Así pues:

EL MARQUÉS DE LOS OMOPLATOS

¡Oh bello ángel purísimo, más fresco que la rosa cuya corola liba la esbelta mariposa!
Por fin tras breves días seré tu esposo amante...
¡Oh cuánto es mi deseo de verme en ese instante!

(Eloisa ruborizase cada vez más y baja tímidamente los ojos. También ella está impaciente, pues, al fin y al cabo, no es de corcho.)

Tu tez está encendida, mi bien amada Eloisa; más blancas son tus manos aún que mi camisa; tus ojos son azules, y de su brillo cálido no es el azul del cielo más que un reflejo pálido.

(No suena más dulcemente la brisa entre el follaje, que esa suavísima endecha resonó en los oídos de la joven. Enajenada, voló su pensamiento á esferas lejanísimas, suavemente azules y gravitando entre neblinas sonrosadas.)

Cuando nuestro himeneo esté documentado, firmado, bendecido, por todos consagrado, iremos lejos, lejos, como acostumbra el mundo, á disfrutar la dicha en un valle profundo. Seremos muy felices. La luna de los cielos en vano de la nuestra habrá de sentir celos. ¡Partir! Mas ¿hacia dónde? ¿Acaso soñadora quisieras vagar cerca la margen incolora de un Támesis brumoso? ¿O acaso ver airadas las olas del Océano revueltas y enrespadas? ¿O bien del sentimiento impera en ti la calma, á cuyo sacro fuego derríteses mi alma? ¡nes Así al desierto iremos, y en sus vastas regiones verás cielos azules, sin nubes ni aquilones. ¡Bien de mi alma, Eloisa! ¿Eres sentimental ó tal vez soñadora? ¿Cuál es tu bello ideal? Dilo pronto: responde á mi amorosa cuita...

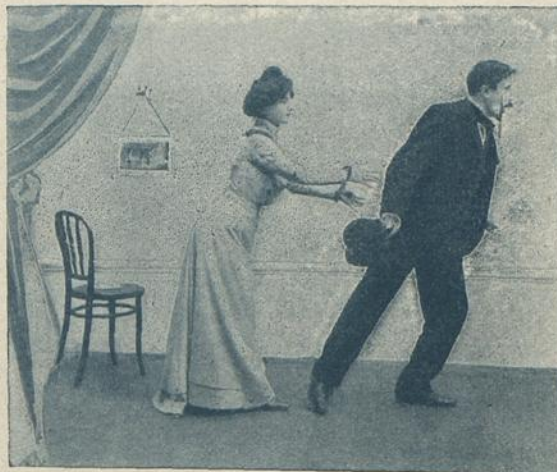
LA CÁNDIDA ELOISA

Marqués, ¿deseáis saberlo? Pues soy hermafrodita.

(El Marqués huye espantado. Trémolos en la orquesta; fuegos de bengala. Patuleo en el público.)

Telón.

CARLOS VALLIER.





PATINADORA

(LOS HOMBROS DE LA MARQUESA)

LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

I

Está durmiendo la marquesa en su artístico lecho, bajo el amplio pabellón de raso amarillo. A las doce, medio día, oyendo el argentino timbre del reloj, se decide á abrir los ojos.

La estancia es tibia. Las alfombras, los cortinones de puertas y ventanas hacen de ella un nido suave, donde no penetra el frío. Calideces, perfumes, ondulán. Allí reina la primavera eterna.

Y, en cuanto está bien despierta, la marquesa parece poseída de súbita ansiedad. Extiende un brazo, y llama á Julia.

— ¿La señora ha llamado?

— Dime, ¿deshiela?

¡Oh! ¡buena marquesa! ¡Con qué acento conmovido ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento es para ese frío terrible, ese viento del norte, que ella no siente, pero que debe soplar cruelmente en los chibitiles de la gente pobre. Y pregunta si el cielo se ha hecho clemente, si ella puede gozar de abrigo sin remordimientos, sin pensar en todos los que tiritan.

— ¿Deshiela, Julia?

La doncella le presenta el peinador matinal, que acaba de calentar ante la estufa.

— ¡Ah! no, señora, no deshiela. Al contrario, hiela mucho más... Acaban de encontrar á un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La marquesa, poseída de alegría infantil, palmotea, gritando:

— ¡Ah! ¡mejor que mejor! iré á patinar esta tarde.

II

Julia descubre las cortinas, suavemente, para que una claridad brusca no ofenda la vista tierna de la deliciosa marquesa.

El azulado reflejo de la nieve llena la estancia de alegre luz. El cielo es gris: pero de un gris tan lindo que recuerda á la marquesa un vestido de seda gris perla que llevaba, la víspera, en el baile del ministerio. El vestido iba guarnecido de guipures blancas, análogas á esas redécillas de nieve que percibe al borde de los tejados, bajo la palidez del cielo.

La víspera estaba encantadora, con sus nuevos diamantes. Se acostó á las cinco. Por ello tiene algo pesada la cabeza. Sin embargo, siéntase ante un espejo, y Julia levanta la rubia ola de sus cabellos. Deslízase el peinador, y los hombros quedan desnudos, hasta media espalda.

Toda una generación ha envejecido en el espectáculo de los hombros de la marquesa. Desde que, gracias á un poder fuerte, las damas de carácter jovial pueden descotarse y danzar en las Tullerías, ha paseado la marquesa sus hombros por entre la apiñada muchedumbre de los salones oficiales, con una asiduidad que ha hecho de ella la enseña viviente de los atractivos del segundo Imperio. Menester le ha sido seguir la moda, escotar sus trajes, ya hasta la entrada de la cintura, ó ya hasta mitad de pecho, de suerte que la hermosa dama, hoyuelo á hoyuelo, ha exhibido todos los tesoros de su talle. No hay región de su espalda y de su seno que deje de ser conocida de la Madeleine á Saint-Thomas-d'Aquin. Los hombros de la marquesa, ampliamente ostentados, son el blasón voluptuoso del reino.

III

Positivamente, es inútil describir los hombros de la marquesa. Son populares como el Puente Nuevo. Durante diez y ocho años han formado parte de los espectáculos públicos. Basta percibir su menor asomo en un salón, en el teatro, ó en otra parte, para exclamar: «¡Toma! la marquesa! ¡reconozco el lunar negro de su hombro izquierdo!»

Por lo demás, son hombros bellísimos, blancos, regordetes, provocativos. Las miradas de un gobierno han pasado sobre ellos dándoles mayor finura como á esas losas que los pies de la muchedumbre pulimentan con el tiempo.

Si fuese yo el marido ó el amante, preferiría besar el pomo de cristal del despacho de un ministro, desgastado por la mano de los pretendientes, que rozar con los labios esos hombros sobre los cuales ha pasado el tibio hálito del todo París galante. Al pensar en los mil deseos que se han agitado en torno de ellos, pregúntase uno de qué arcilla hubo de modelarlos la naturaleza, para que no estén roídos y desgigajados, como esas desnudeces de estatua, expuestas al aire libre de los jardines y cuyos contornos se ha comido el viento.

La marquesa ha hecho de sus hombros una institución. ¡Y cómo ha combatido por el gobierno de su partido! Siempre en la brecha, por doquiera á la vez, en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los simples millonarios, sometiendo á los indecisos á fuerza de sonrisas, sosteniendo el trono con sus senos de alabastro, enseñando en los días de peligro rinconcitos ocultos y deliciosos, más persuasivos que argumentos de oradores, más decisivos que espadas de soldados, y amenazando, para arrancar un voto, con recortar sus camisetas, hasta que los más huraños miembros de la oposición se declaren convencidos!

Siempre, los hombros de la marquesa, han quedado enteros y victoriosos. Han sustentado un mundo, sin que una arruga viniese á agrietar su mármol blanco.

IV

Esta tarde, al salir de manos de Julia, la marquesa, vistiendo deliciosa «toilette», ha ido á patinar. Patina adorablemente.

En el Bosque hacía un frío de lobo, reinaba un cierzo que picoteaba la nariz y los labios de las damas, como si el viento les hubiese soplado arena fina en la cara. La marquesa reía; era para ella una diversión tener frío. De vez en cuando, iba á calentar sus pies en los braseros encendidos á orillas del lago. Y después, volvía á penetrar en el aire helado, deslizándose como golondrina que rasa el suelo.

¡Ah! qué grato pasatiempo, y qué dicha que el deshielo no haya llegado aún! La marquesa podrá patinar toda la semana.

Al regreso, la marquesa ha visto, en una calle de árboles lateral, á una pobre tiritando al pie de un álamo, semi-muerta de frío.

— ¡Infeliz! — murmura con voz enojada.

Y como el carruaje corre al galope, la marquesa, no pudiendo encontrar su bolsillo, lanza su «bouquet» á la pobre, un «bouquet» de lilas blancas que bien valía cinco luises.

EMILIO ZOLA.

EL GATO Y LOS BOMBONES

FÁBULA INMORAL

Érase que se era el morrongo más laminero y golosón que ha nacido de gata de Angola.

Y, érase que se era la damisela más amiga de confites y dulzainas de cuantas han enriquecido á los reposteros.

El Micifuz, convencido del ascendiente que ejercía sobre su amita, abusaba en verdad de tan agradable posición, husmeándolo todo y lamiendo cuanto tropezaban sus bigotes.

Por su parte la dueña del jugueterón felino le consagraba todos los mimos y caricias que para sí hubieran querido los mil adoradores de semejante niña.

Conociendo ambas debilidades de la hétera deliciosa, no es de extrañar que sobre ella lloviesen bombones y confituras al propio tiempo que las más apasionadas declaraciones de amor, y que muchos considerasen al gatito como peana de su dueña y para adorar á ésta empezasen por adorar al pequeño animal, regalándole los collares más lindos y los cascabeles de plata más sonoros.

Sucedió un día una cosa que al fin y al cabo no tiene la menor importancia para ponerla en letras de molde, pero que si así no se hiciera ¡adiós fábula!, y que consistió en que el Vizconde de X, queriendo empezar á hacerse agradable á los ojos de Fanny (hasta ahora nos habíamos comido su nombre), la remitió por medio de un lacayuelo del Club un suculento papelón de caramelos.

Tal modo de presentarse no le fué á Fanny desagradable, convenciéndose, á cada caramelo que chupaba, que el Vizconde era, á lo menos, persona de gusto.

Siguiendo su tradicional costumbre, hizo partícipe al minino del regalo del aristócrata, quien de haber podido ver la fruición con que era devorado su obsequio, habría dado ya por ganada la partida y por rendida la fortaleza.

Si Fanny se dió buena traza para saborear la golosina, el gato, que atendía al nombre de Minette, no le fué en zaga, y en un dos por tres, abusando con su proverbial astucia de las condescendencias de su ama, dió fin completo del cartucho del susodicho Vizconde.

Y Fanny, que en sus ratos de ocio se dedicaba á filosofar á su manera y á sacar de los hechos de la vida las consecuencias que mejor se amoldaban á su modo de ser, al ver la traición del gato y con el pensamiento en el Vizconde, sacó la siguiente moraleja de lo ocurrido:

«Los hombres y los gatos tienen las mismas mañas y abusan del mismo modo. Siempre que se les da el pie, ya se sabe que se han de tomar la mano. Hay que andar con mucha precaución con los gatos y los hombres.»

Lo cual no impidió para que continuara tolerando á Minette y admitiendo con mucho gusto las galanterías del Vizconde de X.

Y de otros, aun cuando no fueran Vizcondes.

C.





RÉVERIE

BODAS IMPERFECTAS

I

En la glorieta oscura de aquel restaurán de arrabal, al fondo, junto á la pared por donde trepan clemátides, la señorita Victorina — ya señora y todavía no, — casada desde hacía dos horas con un respetable negociante de la calle de la Jussienne, estaba sentada, en traje de novia, sobre las rodillas de su primo. De las ventanas contiguas surgían cantos y risas de todo el cortejo banqueteante. Pero los enamorados, en su escondite de sombra, no oían semejante batahola, ocupados en sí mismos, en ellos solos. Escuchar el hálito de una boca preferida es delicia tan absorbente, que los oídos ensordecen á otro rumor cualquiera. ¿A qué muchacha no le ha ocurrido, una mañana de dulce lasitud, exclamar atolondradamente: «¡Cómo! ¿ha tronado esta noche?» Dichosos los amantes, cuya ternura es capaz de aislarlos de todo lo que no sea su amor, rubias cabecitas locas, tan lindas, en que la inestabilidad de los pensamientos semeja al capricho y al oreo de vuestros ricitos junto al cuello! Guardémonos, empero, de creer que, en la glorieta de aquel restaurán de arrabal, consintiesen la señorita Victorina y su primo en abandonos decididamente reprobables! No; ella era una señorita casi irreprochable, y él un mozo reservado, hasta cierto punto. Ni uno ni otra ignoraban los derechos que acababa de conferir al marido la ceremonia nupcial; por nada del mundo hubieran querido frustrar al respetable negociante de la calle de la Jussienne, el bien que había adquirido legítimamente. Cierta es que, poseídos de tierna angustia, no habían sabido negarse el goce amargo de un último adiós. Pero, si ella estaba sentada en las rodillas de su primo, consistía únicamente en que aquella silla del jardinillo era demasiado angosta para que cupiesen dos á la vez, y si con un brazo en torno de su talle, estrechaba él á Victorina, era por temor de que cayese al suelo. Ni, con su otra mano, que estaba libre evidentemente, acariciaba (tan castos eran sus sentimientos) los sonrosados brazos ni los hombros de la desposada, ¡ay! y ella suspiraba de tristeza. De verdad, era lástima que ambos enamorados no hubiesen llegado á ser esposos. Porque tan simpáticos eran, tan puros, que las estrechitas del cielo que les contemplaban á través del follaje de la glorieta, no podían menos que sentirse conmovidas. Una paloma, en el techo de un palomar cercano, arrulló como Victorina, en el silencio misterioso de la noche.

— ¡Hola! ¡muy bien! — gritó la madre de la novia, que acababa de presentarse, bruscamente, bajo la irritada vibración de su amplio sombrero de plumas. — ¡Cómo! todo el mundo te anda buscando, esperan tu presencia para servir la torta simbólica en que un Amorcillo cierra sus alas de azúcar rosa; y mientras que tu padre pregunta: «¿Dónde está mi hija?»; mientras que tu marido inquieto, exclama: — «¿Dónde está mi mujer?» — tú, en esta glorieta...

El primito se había escabullido, rápido, como era su deber; y la novia, después de espaciar con tranquila mano los pliegues de su vestido pálido, dijo con gravedad:

— Puedo asegurar, madre mía, que su hija continúa siendo digna de usted. Pero, ¿no recuerda usted la amistad, algo tierna, que había inspirado á mi

primo Honorato? ¿No autorizó usted misma estas esperanzas? Ante usted — no pensaba yo entonces que en la iglesia, bajo la bendición del señor cura, tendría que hacer un trueque de anillos con otro novio — ante usted entregué á mi primo una delgada alianza de oro. ¡Ay! el pobre chico ha enflaquecido tanto de la pena de verme prometida á su rival, que el anillo, á cada momento, se le está cayendo del dedo. ¿No era digno de un consuelo supremo? ¿No debía permitirle que llorara en mi presencia, por última vez? Pero crea usted que su hija no ha desmerecido de la confianza que en ella tenía usted; he demostrado esta noche, como demostraré en toda ocasión, la honradez de la sangre que heredé de mis padres.

— ¡Qué bien hablas! — dijo la madre, irguiendo la cabeza bajo sus plumas envanecidas. — De todos modos, mejor hubiera sido que no te sentaras, ni aun á título caritativo, en las rodillas de tu primo. Pero, en fin, no es tanta la gravedad, toda vez que tus intenciones eran honestas. ¿No se te ha arrugado el vestido?

— No, señora — dijo la joven con arrogancia.

Y las dos se dirigieron al salón donde tocaba á su fin el banquete de boda. Las estrellas, visibles á través del follaje de la glorieta, centelleaban, menos enternecidas; el arrullo de la paloma no era ya quejumbroso; parecía reirse.

II

¡Decidme vuestro parecer, abejas, mariposas á quienes consulto! ¿En las primeras mañanas de primavera, que para vosotras son alboradas de boda, vuestras flores predilectas son tal vez los agavanzos apenas abiertos — no hablemos ¡horror! de los que lo están del todo — ó bien los capullos de esas silvestres rosas, rehacios á abrirse enteramente? ¡Cuán delicioso no será penetrar con suavidad, sin las irritaciones de la impaciencia, por lo entreabierto de esos pétalos complacientes, que os ceden fáciles el paso, y os embriagan ¡oh dicha! con sus perfumes desde las primeras libaciones! ¿Pero acaso no experimentáis ¡oh abejas y mariposas! más exquisita y refinada delicia, cuando la diminuta rosa, en su armazón angosta, no dejando visible más que una punta frágil y amenazante, os rechaza con obstinación y os obliga á esperar largo espacio, hasta la mañana siguiente á veces, el tesoro de su aroma? Cierta es que se os ha entregado, pero no del todo; habéis necesitado tocarle el corazón con el aguijón ó con los palpos; pero vedla de nuevo cerrada y rechazándoos, no por crueldad ni desdén, sino por el temor íntimo de un desgarró que la asusta. Oh! no es que ignore que le será forzoso, dentro de un instante, mañana lo más tarde — pues lo exige con voluntad firme la primavera nupcial — desplegarse toda entera, sin que le sea dable negarse á vuestra penetración perfecta; pero su temor pide una prórroga, su inquietud de las brusquedades implora la lentitud; y así apenas autoriza la intrusión, no ya de vuestro beso, sino de una punta de alita trémula ó de una antena sutilísima; y vosotras, abejas y mariposas, con aires ya de posesión satisfecha — pues de la antena ó del ala habéis sacado el mejor partido, y la rosa, finalmente, consintió cuanto pudo, — abrigáis aún el deseo entero,

que deliciosamente exaspera la certidumbre del positivo y próximo triunfo!

III

La mañana siguiente al banquete de boda, el respetable negociante de la calle de la Jussienne irradiaba! Jamás, ni aun contemplando, en la torta simbólica,

burguesas, gracias á la educación de familia, muchas amables señoritas se reservan incólumes al primer beso de himeneo. Este París, tan calumniado, tiene sus *cocottes*, sus figurantas, sus extranjeras — una calamidad, — pero en cambio tiene sus jóvenes casaderas, que son admirables; y algunas, demasiado! No crea usted que me quejo de ello. A su vez, estas honradas solteras, más adelante honradas madres, educarán á sus hijas en estrechos sentimientos de



¿QUIÉNES SON?...

Según unos, las tres gracias;
Según otros, tres bellezas...
Mas yo estoy en el secreto:
Son las tres hijas de Elena.

al Amorcillo que cierra sus alas de azúcar, había osado esperar tan amable aventura. Y no es que su satisfacción hubiese sido completa, no! Pero cabe encontrar un justo motivo de orgullo en la mentira de una vana victoria, y hasta en una derrota que realza el valor del enemigo destinado, tarde ó temprano, á ser vencido. ¡Os repito que irradiaba! A veces, guiñaba uno de los ojos, á escondidas, con aire de satisfacción, hacia el anillo nupcial que en el dedo lucía.

De manera que, encontrando á su mamá política, la cumplimentó:

— Señora — díjole con solemnidad enternecida, — muy equivocados andan esos filósofos que acusan de inmoralidad á la juventud moderna. Gracias al cielo y á las vigilancias maternas de las irreprochables

virtud — estrechez que, aun excesiva, nada tiene de censurable, — y así se perpetuarán, en el seno de la sociedad francesa, las sanas tradiciones de inocencia al principio, de virtud, enseguida, justo orgullo de la raza burguesa...

Y se interrumpió, atónito.

Porque, en este punto de su discurso, había inclinado los ojos, no sin una sonrisa á la vez enorgullecida y dulce, hacia aquella de sus manos donde lucía el anillo de boda, y allí, en el dedo conyugal — cosa inverosímil, absurda, que nada sabría explicar, — en vez de un anillo, había dos!

CATULO MENDES.

LOS PLACERES DE PARIS

MOULIN-ROUGE



MARGOT COMPOUNETTE.

Cuando se sube desde el Boulevard (diez á quince minutos á pie) por la calle de la Chaussée d'Antin y la calle Blanche, ó bien por las calles Lepelletier ó Drouot, Notre-Dame de Lorette y la calle Fontaine, divisanse ya de lejos las grandes aspas del Moulin-Rouge, volteando con sus linternas parecidas á enormes estrellas rojas danzando una ronda fantástica en el cielo, mientras que, más abajo, en una ventana del Molino, el molinero llora y hace gestos desesperados á su linda mujercita que, desde otra ventana, lanza su gorro por encima de las alas simbólicas.

Todas las noches, hasta las diez, se da Concierto en la gran sala, en invierno, y en verano en el jardín.

El concierto es parecido á todos los que se dan en los *music-halls*: canciones cómicas, romanzas sentimentales, variadas exhibiciones, por el estilo de la de Pétomane que ametralló, algunos años hace, á todo París.

De las diez y media á doce y media de la noche, el

Moulin-Rouge ofrece un espectáculo sumamente original, parisiense puro, que merece ser visto aun por las mujeres acompañadas de sus maridos.

Es el verdadero y extravagante templo del *Cancán*, el santuario alegre y nada pudibundo del arte del «Chahut», arte que ha convertido la danza en una especie de habilidad acrobática, consistente en levantar la pierna lo más alto posible ó en extenderla también hasta lo inverosímil.

* * *

Entre las mujeres que brillan en el firmamento parisiense, entre las lindas y alegres muchachas que son deleite de los visitantes de la Babilonia moderna, es preciso citar en primera línea las estrellas del Moulin-Rouge, las danzantes que han elevado su arte á la altura de una Octava Maravilla y para las cuales Terpsícore ha creado una nueva pirueta, el *chahut*, cuya boga ha sido tanta, que ha dado la vuelta al mundo.

El Moulin-Rouge, digno sucesor y noble heredero de Valentino y de Mabilie, puede vanagloriarse de ser el único establecimiento coreográfico interesante de París.

De todas partes del Universo llegan caravanas de extranjeros á aplaudir las sugestivas danzas de las discípulas de la Goulue, de Grille d'Egout, de Rayon d'Or, cuya reputación traspasó ha largo tiempo los límites de la Place Blanche.

No es pues mala fortuna para un *reporter* la de alcanzar el honor de interviuevar á esas

lindas estrellas que entre danza y danza llevan su condescendencia hasta el extremo de dejarse interrogar por un oscuro periodista, un desharrapado, como suelen llamarle, el cual no hará más que desacreditarlas en los periódicos.

Vamos á probar al momento que la Prensa parisiense no abriga tan perversos designios.

Cabalmente estamos en un entreacto.

Los directores de orquesta, MM. Mabilie y Gauwin acabán de abandonar sus asientos.

Ha llegado la hora de las expansiones: tomemos pues carnet y lápiz, atravesemos con rápido paso la muchedumbre que se agolpa en derredor de las célebres danzantes, y empecemos nuestras indiscreciones.

La primera artista, Mlle. Margot, nos participa ya desde el principio que fué educada en los *Oiseaux* y que sus padres son ricos industriales en el Norte.

Ella misma nos cita sus nombres, que callaremos por respeto.



DIAMANTINE

Desventuras amorosas fueron causa de que figure en el batallón de las *chahuteuses* del Moulin-Rouge, del cual es uno de los más graciosos ornamentos.

Casada con un joven teniente de artillería, el barón Guillermo de G..., á los dos días de su unión, ya éste la engañaba con sin igual desparpajo; y de desesperación en desesperación, pensó en vengarse á su vez, descendiendo por la resbaladiza pendiente hasta abrazar su actual carrera, que no parece desagradarle.

— ¿Os gusta el baile? — le pregunto casi bruscamente.

— En absoluto, no: adoro más que todo el movimiento, el ruido de las muchedumbres, el centelleo de las luces, la vida enardeciente de París, con sus cantos, sus gritos, sus músicas, sus cenas y sus danzas.

Soy una provinciana, es verdad; pero la capital que me ha hecho casi reina, merece todos mis amores y todas mis preferencias.

Cien veces me han suplicado, ordenado casi, que abandone esta existencia, algo aventurera tal vez, pero en extremo seductora, y he rechazado siempre.

¿Qué queréis que haga?

— Pero, vuestro marido... Si no estáis divorciada...

— ¿Quién?... ¿Ese imbécil? No quisiera él otra cosa.

Muchas veces se trae aquí algunas *cocottes*... zafias y bobas, que ni siquiera saben echarse á un lado para levantar la pierna... Yo, en su lugar, me caería de vergüenza...

Y la bella *Margot* va de nuevo á reunirse con sus amigos, que la aguardan para un *vis-à-vis*.

— Y vos, gentil *Diamantina*; estoy seguro de haberos conocido en otro tiempo: ¿verdad que sois la antigua querida del famoso R... el pintor?

— Claro que sí, pelele — contesta la pequeña *chahuteuse* echándose á reír. — ¿Tan desconocida estoy en mi nuevo estado? ¿No recuerdas ya las bodas que celebramos en el Estudio?

En efecto; me acuerdo ahora. Torno á ver á la graciosa *Diamantina*, muy seria entonces con sus bandós á la *Botticelli*, rodeada de los discípulos del pintor y recibiendo gravemente las felicitaciones y homenajes de los aprendices.

Y como yo me admirase, añadió:

— Ya lo ves, queridito mío; antes tenía que ocultarme las orejas; ahora enseño las piernas; es un cambio de exhibición... nada más.

— Pero... ¿y vuestro amante?

— ¡Se ha casado!... Si, hombre, sí, con una excelente anciana, podrida de dinero... Viene á verme



NANÁ LA CASCADEUSE

á veces; pero no te digo si le haré aflojar la mosca...

—¿Entonces, es la cuadrilla la que merece hoy por hoy todas vuestras preferencias?

—No, amiguito; hago techo común ahora con un jefe de estación del Oeste... línea del Havre.

—¿Y le veis á menudo?

—Cuando no está de servicio... nos amamos...! Pero, puedes creerme que los empleados son más formales que los artistas.

Una turba de horteras á medios pelos me separa bruscamente del antiguo modelo del pintor R... A pesar del estorbo que ofrece á mi paso la alegre tropa, continúo mi carrera al galope y me dejo caer precisamente en brazos de *Cerisette*, de la linda *Cerisette*, dos veces raptada por príncipes rusos...

—¿Qué vas á ofrecerme, rubio? — me pregunta con ese exquisito acento marsellés que trasciende al alioli.

—Lo que os plazca, lindísima hija de Terpsícore.

Dos bocks sirven de confidentes para la historia de *Cerisette*, que, como todas las mujeres dichasas, la tiene corta.

—Bueno, pero no vayas á denigrarme luego con tus filfas (con estas amables palabras designa los periódicos en que colaboro).

Después de haber vuelto noblemente por la honra de la profesión, averiguo que la joven bailarina es muy desdichada. ¡Siempre penas del corazón!..

Está chiflada por un artista que hace primeros papeles en el teatro de Montmartre; pero el hijo de Talía es la hora que no se ha dignado reparar en ella.

Respecto á partida de bautismo, *Cerisette* tiene á bien guardar en absoluto el anónimo... ¡Misterio! ¿Será expósita, bastarda, abandonada temprano á

todas las inclemencias del vicio? *Chi lo sa?* ¿Nació en la Glacière, en Passy ó en la Cannebière? ¿Quién puede decirlo? Su mismo acento ¿no podría acaso ser una artimaña para despistar á algún sabueso fino..?

Una carcajada como un trino de ruiseñor resuena de pronto en mis oídos.

Es *Naná la Cascadeuse*, que me ha reconocido.

—¿Aun no te cansas de mentirles á tus lectores?

—¡Oh danzante exquisita! Si de esto me creéis capaz, os prometo desengañaros dentro de poco, como tengáis á bien darme noticias de vuestro estado civil.

—¿De veras? Pues escucha.

Y la preciosa muchacha me transmite, como un mensaje telefónico, estas frases:

—*Naná la Cascadeuse*, nacida en París, en el cerro de Montmartre. Ya conoces la canción de Bruant:

Somos alegres niños que triscan por los cerros
Allá por allá arriba, do el pájaro hace el nido;
Allá en verano damos mil tumbos, y allá vienen
Por juegos y comida mil harapientos chicos.

—Sí — digo ligeramente desconcertado.

—Pues bien, yo pertenezco á la corporación. Por lo demás, no me llaman *Naná la Cascadeuse* (Juerquista) sin motivo... Mi divisa es «Amar á quien me ama», y no hago distinción entre el gomoso que destila pomada y el gañán zafíote y sin repulgos, con tal que en sus ojos brille el divino fuego del amor.

—¿Tenéis un ideal? ¿En qué pensáis bailando?

—¿En qué pienso? No creerás seguramente que piense en pagar al casero...

GABRIEL PITTÉ.



EL GRAN DISLOQUE

QUINCENA TEATRAL

CARTAS Á MARGARITA

Inolvidable compañera: como que desde que tuviste el capricho de unirme morganáticamente á un hombre viejo y como viejo, celoso, te has alejado de los teatros en cuyos palcos tantos éxitos ha obtenido tu hermosura, y sintiendo su nostalgia me pides en perfumada carta que te refiera cuanto por ellos ocurre, aprovecho la ocasión de aparecer PARÍS ALEGRE, donde he de dar cuenta á grandes rasgos del movimiento teatral (¡ande el movimiento!) para de este modo matar dos tiros de un pájaro, como decía «el otro», que ha sido el personaje que más cosas ha dicho en el mundo.

La temporada de invierno, como sabes, agoniza en estos días en que las compañías extranjeras como golondrinas del arte ocupan los escenarios españoles ó éstos se transforman en pistas donde clowns y *écuyères* lucen sus gracias y sus panto-rillas respectivamente.

Por eso, cuando estas líneas te escribo, los teatros de invierno están dando las boqueadas en forma de beneficios y se anuncian en Madrid la apertura de los circos de Parish y Colón; el debut de una compañía francesa en el teatro de la Comedia de la Corte; la próxima aparición en el grandioso Liceo de Barcelona de la célebre Reiter y algunas otras novedades de *extran-gis* que serán los alicientes primaverales para el público que se divierte.

En tanto que esto llega, te diré que María Tubau realiza una campaña lucidísima, representando en la ciudad condal todo cuanto estrenó en la Princesa de Madrid. *Pepita Tudó* y *La reina y la comedianta* han sido dos éxitos de empresa, que es lo que Palencia persigue y logra, y Dios se lo aumente. La primera de estas obras, como sabes, es del propio Ceferino, del propio cosechero como quien dice, y la segunda del joven Cavestany quien, según Blasco, se empeña en ser poeta, «contra la voluntad nacional».

Y ahora que cito á Blasco, ¿qué te parece la campaña que ha emprendido contra el género chico? ¡El, el autor de *El joven Telémaco*, el verdadero padre de la criatura bufa, metido á redentor! ¡Ya se ve que hay muchas Magdalenas en todas las esferas sociales! Lo malo que tiene es que, á través de tales propósitos, se adivina el de conseguir el cargo de censor de teatros como en París existe y en España hubo.

Volviendo á Palencia, sin necesidad de tomar billete de ferrocarril, te diré que entiende bien la aguja de marear, y con el deslumbrador brillo que presenta las obras, ¡hasta Cavestany es aplaudido!

Quien no lo ha sido, y lo siento porque vale mucho, fué Guimerá al estrenar, vertido al italiano, el drama *Scivolando sulla terra*. Todo el amor que la Vitaliani puso en el desempeño de la obra, no bastó para salvarla del naufragio. La opinión pública lo atribuye á falta, por parte del autor, del conocimiento del medio ambiente que retrata. Carece pues la obra de sinceridad. D. Angel es un romántico lo mismo en política que en

literatura, y por esta vez se ha querido convertir á la escuela realista, sin conseguirlo, llevando á la escena un lío de familia que ¡hasta á ti! te ruborizaría. ¡Calcula!...

Como no es conocido el original catalán, no puedo decirte si la traducción es buena ó mala. Demos por supuesto que sea lo primero.

Quisiera hablarte algo del Eldorado, donde tanto te asediaba R***; pero el amigo Molas parece que está «duermes» sobre sus laureles, y en estos días sólo nos ha dado á conocer *Polvorilla*, una obrita muy chispeante y entretenida de Fiacro Irayzoz y Fernández Shaw, con música de Vives y Montesinos, y decoración de Urgellés... Casi tantos autores como personajes.

La obra venía ya con sanción favorable del público madrileño y el barcelonés no ha hecho sino darla el *regium exequatur*.

En la Granvía, Ventura de la Vega y Vicente Royo trabajan á destajo para retener asiduos al teatro á cuantos vayan á él una vez. Son dos buenos muchachos y las obras que ponen en escena de las que gustan al público, más aficionado á reír que á escuchar filigranas.

No sé en qué habrá quedado una cuestión que sostenían ambos teatros, Eldorado y Granvía, sobre los derechos que cada uno alegaba para representar en ellos una piececita madrileña. De todos modos, tal tensión de nervios, con sus comunicados correspondientes en la prensa, no significan más sino el deseo de sus respectivas empresas de lograr novedades con que corresponder al «favor creciente que el público les dispensa».

Esto te indicará que tanto uno como otro teatro gozan de la predilección del verdadero conde, que es el conde que paga.

Donde no te aconsejo que vayas es al Salón Moderno:

allí ni tú ni yo haríamos negocio, pues siempre le encontrarás lleno de respetables familias que van con sus chiquitines á pasar honestamente el rato. En cambio si tienes hijos como supongo porque tu esposo es lo suficientemente viejo para ti, puedes enviarlos al Salón, segura de que se divertirán.

En el Edén Concert han debutado con gran *succès* Mlles. Cerales, Duperrier y Delaine, que son de lo mejorcito del género y proporcionan muchas entradas.

En mi próxima te podré comunicar el debut de la Reiter, por cuyo retrato que te incluyo, podrás ver que es toda una real moza, digna de la admiración de los hombres y su aparición promete ser un acontecimiento, y acaso también el de Mme. Raunay, la famosa cantante intérprete de los clásicos y que tomará parte en los conciertos que prepara la sociedad que dirige Crickboom.

Hasta entonces, y deseándote mucha resignación en tu «nuevo estado», te envía un beso tu amiga

DEMI-VIERGE.



SEÑORA REITER

SE PUBLICA
QUINCENALMENTE

PARIS ALEGRE

Revista ilustrada con Fotografías del natural

PRECIO DEL NÚMERO:
20 céntimos

Administración: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10.—Barcelona

PARA
ENFERMEDADES
URINARIAS

SANTALÓL·SOL



Nuevo producto medicinal
muchísimo más activo
QUE EL
SÁNDALO

DEPÓSITO FARMACIA SOL
CORTES 226 ☆ BARCELONA